

Adelanto editorial



Ismael  
Martínez Biurrún

# Duración de un fantasma



Colección Pulpas n.º 50

Narrativa

Primera edición: marzo 2024

Título original: *Duración de un fantasma*

©2024, Ismael Martínez Biurrun, del texto

©2021, Alejandro Pasquale, de la ilustración de cubierta

©2024, Aristas Martínez Ediciones

[www.aristasmartinez.com](http://www.aristasmartinez.com)

Edición a cargo de:

Sara Herculano y Cisco Bellabestia

ISBN: 978-84-19550-14-9

Depósito legal: BA-37-2024

Impreso en Kadmos

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 917021970 / 932720447)

# **Duración de un fantasma**

**Ismael Martínez Biurrun**



No tenemos ningún interés en escuchar el zumbido  
ininterrumpido de la vida profunda. Y sin embargo,  
la duración real está ahí.

HENRI BERGSON

*Close my eyes I am rhythm.*

IRENE CARA



SAID TENÍA QUE NADAR UNA HORA TODOS LOS DÍAS. Sin excepción.

Aseguraba que, de lo contrario, su dolor de espalda se volvería insoportable. Peor aún, en pocos meses sus vértebras se fundirían en un solo bloque, un poste de hueso al que se fijarían sus músculos para siempre. *Crucificado por dentro* era la imagen que él había utilizado el primer día, cuando Romana aún estaba más preocupada por lo que callaban los ojos del joven que por lo que decía su boca.

—¿No puedes esperar a la tarde? —Acababan de ver el lago al pie de la carretera y ella quiso negociar—. Podrás nadar en el mar.

Él alargó el brazo y señaló un recodo perfecto para dejar el coche.

—Por favor —insistió.

Justo donde se aparearon, un panel metálico avisaba de que el baño estaba prohibido en todo el perímetro, pero ella supo que aquello tampoco detendría a Said. En los tres días que llevaban juntos, ya lo había visto nadar en una piscina municipal y en un río de dudosa salubridad a las afueras de un pueblo. Romana había decidido aceptarlo

como un precepto de obligado cumplimiento, lo que al menos daba una cualidad litúrgica al tiempo perdido, y además le permitía contemplar el cuerpo del joven con una mirada libre de sospechas.

Said se adelantó por el desmonte, entre los altísimos pinos, mientras ella negociaba cada paso con sus zapatillas de suela lisa. No le apetecía tropezar y torcerse el tobillo porque, entre otras cosas, era ella la conductora y no estaba dispuesta a ceder su puesto.

—¡Te espero aquí!

Mientras el muchacho se desnudaba en la orilla terrosa, cuarenta metros más abajo, Romana se instaló en una roca sombreada y sacó un Lucky Strike de la cajetilla que había cogido de la guantera. Trataba de fumar lo menos posible. Entre los muchos miedos que había acumulado a sus cincuenta y un años se contaba el pánico a los hospitales, por buenas razones. Pero también la lista de placeres insatisfechos se hacía larga, y el tiempo apremiaba. Se lo puso en los labios y lo encendió, sintiendo el picor de la primera calada como una bendición perversa.

Said no hizo ningún aspaviento al zambullirse, aunque la temperatura del agua a comienzos de mayo no debía superar los quince grados. Comenzó a braccar hacia el centro del pantano, veloz y en línea recta, como si acudiera al rescate de algún bañista invisible. Había un tesón en el joven que Romana trataba de usar como clave para descifrarlo. Pero no era sencillo.

A través del humo que dejaba flotar por delante de sus ojos, Romana contempló las paredes verdes del valle, la



cresta rala y ennegrecida por algún fuego reciente que se prolongaba hacia el oeste, y los larguísimos pilares amarillentos que hacían volar la carretera sobre el extremo del lago. Justo cuando se preguntaba qué haría si el muchacho continuaba nadando hasta la orilla opuesta y desaparecía sin más en el bosque, vio que Said giraba en un ángulo cerrado y continuaba dibujando una especie de figura geométrica sobre el agua. Lo observó durante largo rato, tomando caladas lentas. Cuando estaba más lejos, todo lo que podía percibirse del muchacho era una leve agitación de espuma y una onda fugaz en la superficie negra.

Entonces Romana cerró los ojos. Dejó que su cabeza se meciera suavemente, como por el recuerdo de una melodía, y descolgó su mano libre para acariciar la roca con la yema de los dedos. Al cabo de un minuto volvió a mirar hacia el lago, y ahí estaba el cuerpo pálido de Said, estirándose e impulsándose con elegancia por el filo de agua. ¿Se daría cuenta él? ¿Notaría que el líquido se había vuelto cristalino justo un metro por delante de donde hundía los brazos, y a su alrededor?, ¿que se movía envuelto en una isla de claridad en mitad de la inmensa negrura?

Ella sonrió desde su atalaya. Aplastó la colilla en la roca y aguardó pacientemente a que Said regresara, cumplida su hora. Él no alzó la vista; salió pisando la tierra pastosa y fue directo hacia el lugar donde había dejado su ropa. Se quitó el bañador y utilizó la toalla fina que siempre llevaba en la mochila. Tenía un cuerpo flaco y fibroso, muy blanco, con un tatuaje de jeroglíficos que ascendía desde su tobillo izquierdo hasta la cadera.

—¿Qué tal ha ido? —voceó ella, a la vez que se erguía y se sacudía el polvo del vestido negro.

Él levantó el pulgar y terminó de vestirse sin mostrar el menor gesto de pudor. De pronto Romana se preguntó qué opinión tendría el muchacho de ella. Trató de mirarse a través de los ojos de él: una mujer mayor, de facciones algo duras y ojos escondidos, una melena tan negra como cuando era verdaderamente negra y una cintura que aún invitaba a ser rodeada y atraída. O así lo quería imaginar ella.

Interceptó la mirada de Said cuando se reunieron en el repecho, pero él solo dijo:

—Gracias.

Con cuidado de no resbalar, ascendieron de regreso al coche.

\*

Viajaban en busca del hermano de Romana. Doce años antes, Amador Olano había logrado cierta celebridad con el sobrenombre de Sanador de las Almas Tristes. Aseguraba haber creado una psicotecnología revolucionaria, una forma de terapia capaz de sanar en una sola sesión cualquier tipo de trastorno de ansiedad o depresión, y su exclusiva consulta se convirtió en lugar de peregrinaje para clientes de clase alta o simplemente personas desesperadas. Hasta que tuvieron lugar las primeras muertes. Ningún juez fue capaz de dictar una condena contra Amador porque, ante el estupor de todos, resultó imposible razonar las pruebas de su culpabilidad. Después, relegado a la categoría de vulgar

farsante, el Sanador de las Almas Tristes cayó en el olvido antes incluso de que decidiera emprender su retiro voluntario del mundo. Y eso fue todo, más o menos. Una anécdota, una breve erupción en el tegumento infinito y graso de noticias de un país mediterráneo.

Romana no había vuelto a hablar con Amador desde entonces —y a decir verdad, durante los años de fama solo intercambiaron un par de llamadas—, así que no tenía idea de dónde se ocultaba. Cada cierto tiempo, sin embargo, ella recibía el mensaje de algún periodista que trataba de recuperar los datos más morbosos de la historia o de algún audaz doctorando en las disciplinas más insospechadas: psiquiatría, inmunología, metafísica. Ella los ignoró a todos, demasiado resentida con su propio hermano como para mover un dedo en su busca, hasta que Said se presentó en la puerta de su piso de Aranjuez. Tan pronto como vio el brillo concentrado de aquellos ojos supo que jamás se rendiría; con ayuda de Romana o sin ella, el muchacho lograría encontrar a Amador Olano. Y detectó algo más. Una simetría en el calado de la mirada de Said y la de su hermano. La clase de semejanza que les impediría coexistir en un mismo lugar y en un mismo instante. Por eso ella estaba convencida de que, si el encuentro llegaba a producirse, aquel día tendrían que lamentar una nueva muerte. A pesar de eso, cogió un mapa y trazó un hexágono con las seis propiedades de la familia donde Amador podría haberse refugiado en los últimos años, y accedió a acompañar al joven con la condición de que lo hicieran en el coche de ella y al ritmo que ella marcara.

Lo que no le confesó a Said, al menos en aquel primer momento, fue que ella tenía sus propios motivos para buscar a Amador. Más aún; que su mente racional había tenido que hacer un considerable esfuerzo para no ver al Destino encarnado en aquel chico de nombre árabe y leve acento andaluz, surgido de la nada justo en el momento en el que Romana más lo necesitaba.

\*

Desde su mesa, Romana observaba la fila de jubilados franceses que avanzaba por la barra del *self-service*, cada uno empujando su bandeja de plástico verde, todos en completo silencio o intercambiando algún murmullo mientras señalaban los productos de las cámaras, como si moverse por allí exigiera el mismo recogimiento que hacerlo por el atrio de la catedral de León o por la sala de las Pinturas negras de Goya. Apartó la mirada cuando se dio cuenta de que estaba calculando su diferencia de edad con la de una mujer de vestido estampado, manos huesudas y dientes postizos.

Said y ella se habían sentado a comer junto a un ventanal con vistas a una planicie de polvo y malas hierbas.

—Creo que deberíamos intercambiar las bandejas—dijo Romana. Su comida ocupaba el doble de espacio que la de él, apenas un sándwich y una manzana—. Aquí están todas las calorías que te faltan a ti y me sobran a mí.

Cuando Said sonreía, en lugar de aniñarse, su rostro parecía ensayar las arrugas del futuro viejo.

—Estoy bien —dijo, mientras sacaba una libreta del bolsillo de su cazadora y se ponía a hacer anotaciones—. Puedes empezar, no me importa.

Romana dio los primeros bocados, sonriendo también para sí. Le divertía aquella soberbia camuflada de cortesía que estaba comenzando a descubrir en el joven. *Puedes empezar, no me importa*. Cinco minutos después, él guardó su material de reportero del siglo XX y se acodó para devorar el sándwich. En la mochila había más libretas como aquella, de tapa negra y hoja sin pautar; ella lo sabía porque la tarde anterior había aprovechado para fisgonear en sus cosas mientras Said nadaba en la piscina. Abrió una al azar y se encontró con unos párrafos prietos, en una caligrafía enana hasta lo ilegible, acompañados aquí y allá por bocetos de animales no menos abigarrados. ¿Qué clase de crónica fantástica de su propia vida estaba escribiendo el muchacho?

—En un par de horas estaremos allí —informó, aunque Said no había hecho ninguna pregunta ni se mostraba impaciente—. Espero que hoy tengamos más suerte.

El primero de los seis posibles refugios había quedado descartado la tarde anterior. Se trataba de una casona de muros gruesos y ventanas estrechas en el centro de un pueblo agonizante. Romana recordaba un frío zaguán por donde ella corría con cinco o seis años, huyendo de los pellicos de alguna prima remota, pero no logró sentir ninguna emoción cuando Said y ella llegaron hasta su puerta y contemplaron la fachada muda y agrietada, al borde de la ruina. Las escaleras ascendían, llenas de pintadas, hacia

una segunda planta con el tejado abierto y el suelo alfombrado de excrementos, plumas y huesos, como si alguna clase de ritual sórdido se celebrase allí con regularidad. No quedaba ni un mueble, ni una bombilla, ni una pieza de porcelana en el cuarto de baño, y toda la casa apestaba a humedad y animal muerto. Sin necesidad de hablar, Said y ella abandonaron la sombra inestable de aquellos muros y recorrieron muy despacio el pueblo entero, ya no en busca de Amador, sino llevados por una apacible inercia. Ninguno de los dos tenía prisa; y quizá aquella parsimonia debería ponerlos en guardia, porque parecía contradecir el propósito útil de su alianza, pero funcionaba al revés. Pese a ser dos completos desconocidos, distintos en todo lo que podían ser distintos, habían descubierto una sincronía natural en sus aparatos de navegación, en su modo de desenvolverse por las coordenadas del espacio y el tiempo.

Un graznido entrecortado les hizo levantar la mirada cuando salían de un callejón. Desde un alero, un pájaro de plumas negras y blancas parecía estudiarlos con curiosidad.

—Nos lleva siguiendo desde que hemos bajado del coche —dijo Said. Había nacido en España y no era fácil adivinar el origen de su madre en la blancura de su rostro, pero Romana sentía una distancia de medio continente en la profundidad de aquellos ojos—. ¿Sabías que las urracas son capaces de reconocer personas? Son increíblemente inteligentes. Y monógamas de por vida. Seguro que su pareja no anda lejos.

—No es una urraca.

—¿No?

Said quiso echarle otro vistazo, pero el pájaro ya volaba lejos, lanzando destellos azulados.

Veinte horas después, en el comedor de la estación de servicio, el joven terminó su sándwich, hizo crujir su espalda y preguntó:

—¿Conoces la casa?

—¿La de hoy? No. —Con el café ya apurado, Romana alineaba los cubiertos, doblaba la servilleta, inventaba gestos para reemplazar los del cigarrillo de después de comer—. Ni siquiera sabía que era propiedad de mi padre hasta que lo leí en el testamento.

—¿Cuándo murió? —La mirada de Said era tan oscura y penetrante como la de la urraca—. No he podido encontrar ninguna información reciente sobre el catedrático Constantino Olano.

—Los hombres de mi familia son expertos en desaparecer sin dejar rastro —dijo ella. Como él seguía esperando, añadió—: Murió el octubre pasado.

Antes de que Said perdiera la oportunidad de mostrarse humano con unas palabras de pésame —porque sería incapaz de pronunciarlas, de eso estaba segura—, Romana se incorporó y cogió su bolso del respaldo de la silla.

—Voy al servicio, nos encontramos en el coche.

Cuando salió, al cabo de un rato, Said esperaba sentado en un bidón de cemento, escribiendo o dibujando. El cielo se había cubierto de nubes.

—¿Qué significa el tatuaje? —Ella señaló los símbolos que asomaban por la pernera de su pantorrilla derecha.

—Ah. —Por un instante pareció avergonzado, aunque no duró—. Pertenece al Libro de los Muertos. Es una especie de sortilegio.

El roce suave de la ge en *sortilegio* hizo que a Romana se le erizaran los pelos de la nuca. No dijo nada. Se montaron en el viejo Picanto de color verde y ella lo dirigió mansamente de regreso a la autovía.

—¿Y qué información has podido encontrar de mi familia? —preguntó, antes de que Said se abismara en su libreta. Por lo general disfrutaba del silencio mientras conducía, pero algunas veces, cuando el ronroneo de la carretera amenazaba con arrastrarla por algún cauce de ensoñaciones oscuras, estiraba la mano hacia el dial en busca de otras voces o se obligaba a iniciar cualquier conversación—. Seguramente sabes más que yo de lo que ha hecho mi hermano en los últimos años.

—He buscado todo lo que había sobre él. Más de cien artículos. Algunos falsos, claramente. Aunque no se puede saber.

—¿Qué no se puede saber?

—Qué parte es verdad.

—¿Por ejemplo?

Said la miró como quien estudia sus opciones ante una encrucijada. Luego se inclinó para sacar otra de sus libretas de la mochila y buscó una página.

—El incidente en la universidad, año dos mil.

—No lo recuerdo —mintió ella.